

usted, y además llamar *neos* y otros motes. Pues á fe que tanto vaya el cantarillo á la fuente que al fin se rompa.

Acompañó estas palabras con la sonrisa casi benévola que la fuerza inteligente dirige á la fuerza material y ciega; y Manuelón, que aunque rimaba con Salomón no tenía nada de lo de ídem, quedóse como atontado palomino, abierta la boca y trabada el habla. Fuí yo, entretanto, repartiendo un abrazo mudo y frío á mis coholgazanes; respondieronme ellos con reiterados abur, adiós, que te vaya bien, chico, salud, hasta la vista; y un segundo después no quedaban en el camaranchón más señales de lo acontecido que mi cama vacía y varios regueritos de agua corriendo por el piso en el lugar que ocupó el paraguas del canónigo.

## II

El cual y yo, saltando charcos y pisando lodos, y sin hablar palabra que digna de contarse fuera, llegamos á una casa de no mal aspecto, no importa en qué calle y número; y subida la ancha escalera con tosco balaustre de palo, atarazado de la polilla, llamamos y vino á abrir una dueña, cuya cara y rasgos me parecieron grosera copia de los del canónigo. Era como él, robusta y membruda, pero

faltábale la armonía y proporción del cuerpo que constituye la buena presencia. Gruesa y arrebatada de color, afeábanla dos parches en las sienas, y en vez de los argentinos mechones que se escapaban del solideo del canónigo, traía ella el pelo pegado y alisado, y encubiertas las canas con no sé qué artificios de hollín y peine de plomo. Estas particularidades reparé después, que así al pronto no pude notar más que la mezcla de dueñesco repulgo y melifluidad, y de rudeza hombruna, que caracterizaba á la hermana del canónigo. Ella salió, con los ojos curiosos y escudriñadores, y el ademán solícito. Don Vicente (que ya es tiempo de dar al canónigo su nombre) la dijo, en vez de saludarla, esta lacónica frase:

—Dos chocolates.

La dueña se escurrió pisando blandito, á pesar de su humanidad voluminosa; y D. Vicente me hizo entrar en una desahogada pieza, descansando él en un antiguo sillón de baqueta y señalándome á mí una silla de paja de Vitoria. Vivo era el contraste entre el camaranchón que acababa de abandonar y el sitio en que me hallaba. Cuanto allá de incuria, desbarajuste y desaliño, notábase aquí de primor, pulcritud y orden. La mesa escritorio, de antiguo nogal bruñido por el uso, relucía como barnizado ébano; la maçiza escribanía de plata, como pluma de cisne; el cuadrado, de plata también, que representaba al Apóstol matando moros, cega-

ba con su resplandor y con los destellos de la espada y bandera del santo, que eran sobredoradas lo mismo que los turbantes de los infieles. El estante, abrumado bajo el peso de voluminosos infólios cubiertos de pergamino, templaba con su severidad el aspecto risueño de la salita, por cuya ventana se veían asomar los pámpanos de vid y las ramas más encopetadas de los árboles de un jardinete. En la piedra del umbral de la ventana, una gata maltesa, acurrucada y hecha un ovillo, se refocilaba aprovechando un pálido rayo de sol, que á dicha rompía las grises nubes haciendo danzar luminosos átomos en la atmósfera apacible de la habitación.

Sentárase D. Vicente, como dije, en el sillón á un lado del ancho pupitre, y yo enfrente en la modesta silla. D. Vicente tecteo un rato sobre la tabla del escritorio, como si buscara una fórmula oratoria; y finalmente, clavando en mí los ojos:

—Supongo—me dijo—que ya usted se figurará que para hacer lo que hice, tengo facultades de sus padres, que me ruegan practique la obra de misericordia de mirar por usted y apartarle de malas compañías y peores aventuras. Mucho ha apesadado usted con su porte á esos padres, después que ellos le han favorecido tanto no poniéndole á arar como á los otros hermanos, sino dándole buena y lucida carrera. No estoy yo por eso de sacar á los chicos de su clase, como no muestren grandes dis-

posiciones; pero hoy en día, no hay arroyo que no quiera ser Guadalquivir.

—Sin embargo...—objeté confuso.

—Bueno, bueno; yo no soy tampoco hijo de conde, ni de marqués, sino de un pobre labriego, y por bondad de Dios llegué á esta categoría y dignidad altísima: pero es harina de otro costal, mocito. Antaño estudiábamos lo poco ó mucho que se exigía, á conciencia y con fundamento: no nos echaban encima tanta balumba de cosas inútiles, y lo concerniente á nuestra carrera á fuerza de laboriosidad lo embutíamos en los cascotes, que no lo arrancaran de allí poleas. Yo—en buen hora lo diga—gasté mucho aceite, y rompí el paño de los codos, pero supe mi obligación; y á no haber sido por ciertas circunstancias... pero esto no es del caso. Además yo tenía vocación verdadera... ¿Y usted, la tiene de médico? Respondíle broncamente:

—Si usted llama vocación, así... á un entusiasmo, á un delirio... eso, no señor. No me repugna, y basta.

—Está usted en un error... ¡Qué ha de bastar! Sin afición no se estudia, y sin estudiar no se sabe. ¿Lo oye usted? No se sabe, digan lo que quieran esos flamantes sabiondillos de ahora, que en menos que canta un gallo, se calzan la ciencia universal, ¡Palabrería! Si usted no piensa dedicarse formalmente á aprender, mejor será que se vuelva con el arado.

—Pero señor, la mayor parte de mis compañeros están en el mismo caso que yo...

—Pero no corren de cuenta de Vicente Prado. Usted va á estar bajo mi vigilancia, y, por consiguiente, vida nueva. Usted estudiará y asistirá puntual á clase. No me ha de perder usted una.

—Lo que es una sin remedio tendré que perderla.

—¿Cómo se entiende?

—Porque simultaneamos.

—¡Simultanear!—gritó el canónigo tragándose con los ojos y poniéndose del color de la escarlata. —¡Simultanear! Así salen ustedes en dos años hechos Sangredillos de tres al cuarto, homicidas con diplomas é impunidad segura! Así dicen ya las gentes: ¡Médico de revolución, prepara la Extremaunción! No, no, caballero, yo no paso por eso, ni puedo pasar en conciencia. Usted ha de seguir su carrera como Dios manda, año tras año y con método; sinó estamos mal.

No sé si fué el enojo pintado en el semblante del canónigo ó el tono mandón que empleaba lo que me mortificó y movió á replicar:

—Pues, la verdad, no sé cómo mis padres han autorizado para tanto á personas extrañas. Ya ve usted que se me sigue perjuicio, y á ellos también; tengo el año empezado, y á fe que primero coja el azadón y la guadaña, que sujetarme á ciertas exigencias.

La escarlata de la frente de D. Vicente subió á

púrpura oscura, sus ojos ardieron y su boca se abrió, sin duda para dar paso á coléricas razones, cuando en el mismo punto resonaron ligeras pisadas, cedió la puerta y vi entrar una persona llevando la bandeja de los humeantes chocolates. Era una mocita como de dieciocho primaveras, espigada, pero de mediana estatura; vestía repulgado y plegado hábito del Carmen, de estameña, ceñido al airoso talle con reluciente correa de charol y ornada la manga izquierda con el coronado escudo de plata; llevaba el cabello partido y alisado y cayendo en luengas trenzas, á la labradoresca usanza. Ataviada así, sonrosado el rostro, bajos los párpados y sosteniendo en ambas manos gallardamente la bandeja, parecióme la recién entrada niña un milagro de donosura, y más cuando la oí decir, con peregrina modestia y una vocecita de almíbar:

—Muy buenos días nos dé Dios.

A que contestamos D. Vicente y yo:

—Santos y buenos.

Se acercó ella á la mesa, y depuso su carga con diligencia singular, esgrimiendo unas manos que diputé al punto por copos de apretada nieve. Ante cada uno de nosotros dejó cumplida jícara de chocolate macho, cuyos efluvios aromáticos y vigorosos confortaban; obra de seis rebanadas de pan tostado; hasta tres almendrados finísimos de Belvís; un enorme vaso del agua sutil y clara de Santiago; en el cóncavo del vaso, disolviéndose, un

robusto azucarillo moreno, y gruesa servilleta alemanisca, que trascendía á ropa limpia y á espliego; hecho lo cual salió del aposento con la misma celeridad y silencio con que entrara. Entonces hizo explosión, como comprimido volcán, el enfado de D. Vicente.

—¿De suerte — prorrumpió sin curarse de la tentadora jícara — que se empeña usted en ser, á toda costa, un holgazán y un perdis? ¿De modo que está usted totalmente maleado? Si yo fuese padre de usted ya sé cómo había de traerle á la razón: que la letra con sangre entra, y las blanduras pierden á no pocos. Pero una vez que no puedo enteramente asumir el sagrado carácter que da la paternidad y usted se propone vivir como las bestias, *in quibus non est intellecto*, escribiré hoy mismo á su familia, diciéndole su resolución y añadiendo que está usted empedernido.

¡Empedernidos diablos me atenaceen, si pensaba á la sazón en cosa alguna más que en la gentil portadora de la bandeja! Las desabridas palabras de D. Vicente me volvieron á la realidad. Recordar punto por punto el anterior coloquio; hacer memoria de que D. Vicente tenía una sobrina llamada Pastora, cuya fama de hermosura llegara á mis oídos estudiantilmente exagerada; pensar en que el tío de esta criatura se estaba brindando á ser mi guía y director, y que por ende me sobrarían ocasiones de visitar la casa que tal tesoro guardaba,

cosas fueron que escribo despacio, pero que calculé y enlacé con presteza eléctrica. Y con la misma mudé rostro, ademán y hasta voz, diciendo humildemente:

— Le pido por Dios que no lo haga, señor, ni dé ese amargo trago á mis padres; que yo, si por malos de mis pecados fuí hasta hoy un haragán, estoy arrepentido y me pesa, y propongo muy de veras corregirme y seguir sus instrucciones de usted. No se dirá que tuve la suerte de dar con una persona que por mí se interesa, y que he pagado mal su bondad. Perdóneme usted lo que hablé; estaba acolorado, porque así, al pronto... Pero conozco que le sobra á usted razón. ¿A dónde iría yo, hecho un ignorante? No, señor, usted la acierta; vida nueva.

A medida que discurría yo despejándose la frente del canónigo, serenábanse sus facciones y brillaba en ellas tal contentamiento, que me iba dando vergüenza de mi falacia, y proponía en mi corazón hacer todo cuanto ofrecí. Finalmente dió muestras D. Vicente de hallarse aplacado, ensopando una tostada en la jícara, en lo cual le imité.

— Sí señor — proseguí. — También es cosa que no gusta eso de tener que andar buscando empeños para salir airoso de un examen. Mejor es trabajar y ganarse los grados.

— ¿Lo comprende usted? Es lo que yo quiero inculcarle. Hay que tomar la profesión á concien-

cia, y lo demás es patarata. ¡Mucho dure el buen propósito! Que no sé si se quedará en agua de cerrajas. De usted depende el cumplirlo: usted no es lerdo: si quiere, facultades tiene. Por de pronto, vamos á lo esencial. ¿Debe usted algo?

—Sí... no..., es decir, á la patrona.

—Con esa ya ajusté yo cuentas. ¡Buena alhaja!

—El zapatero de la esquina del Mercado Viejo me hizo estas botas altas...

—El zapatero. ¿No hay más?

—Verá usted... En el café de Mariano... como solemos jugar al dominó...

—¿Y no hay libro de cuarenta hojas? ¡Todo es nonada, comparado con los naipes malditos! Tiene usted contraído vicio? Porque hoy he visto...

—No señor, era la brisca, entre nosotros, por pura broma... á habichuelas...

—Por broma pase... ¡pero cuidado, cuidadito! ¿Y libros? ¿Tiene usted todos los del año?

—No, eso no... Entre los cuatro reuníamos todos; pero naturalmente, no traje sino los que me corresponden.

—¿No le dan á usted sus padres dinero para libros?

—Sí, pero...

—No diga más. Con aguas pasadas no muele molino: pero ¿para cada cuatro un libro? ¡Madre mía del Socorro, mientras tres holgaban, estudiaría uno

—Alternábamos...

—En roncar y perder el tiempo. Ni jota sabían ustedes de la asignatura. Bueno, ya pasó; pero desde ahora... Otra cosa tengo que preguntar á usted, y es materia algo delicada. Advierta que tengo poderes de sus padres, poderes amplios... que si no...

—Diga usted, diga usted.

—Pues... (D. Vicente se bebió un copioso trago de agua) sus padres temen, y me han encargado que averigüe si tiene usted algún enredo, de esos que á su edad... En fin, usted me comprende.

—Sí, sí, comprendo—repuse con sinceridad y viveza.—No, no tengo cosa mala que ocultar.

—A Dios sean dadas gracias. También me encomiendan, como es justo, que mire porque usted no descuide sus deberes religiosos.

Enmudecí. Para no mentir y ser leal, fuerza me era declarar que largo tiempo hacía no iba á misa, sino del pórtico afuera, en donde me recostaba pasando revista á las devotas. No obraba yo así por irreligiosidad, ni por sistema, sino más bien por descuido, pereza y rutina. Pero se me hacía cuesta arriba declararme al canónigo.

—Muy callado se queda usted—dijo éste gravemente, rechazando el pocillo del ya sorbido chocolate, y limpiándose la boca con la servilleta doblada.

—Diré á usted... Algunas misas he perdido, pero mucha culpa de ello toca á mis compañeros, que se

reían de todo lo relativo á Iglesia. Por librarme de su chacota...

—Dime con quién andas, te diré quién eres; las manzanas podridas dañan á las sanas. Pues en ese asunto es preciso que usted ponga tiento, porque no quisiera yo encargarme de mirar por ninguno de esos mancebitos desalmados de hoy, costales de impiedades, pervertidos por las malas ideas que corren. Eso no. Y mire usted que en su casa no deben de haberle dado tal ejemplo.

—Así como pienso enmendarme en lo demás,—respondí—me enmendaré en eso.

—Ojalá. Mala escuela ha tenido: ahora le será á usted más difícil tomar hábitos de orden, formalidad y buenas costumbres. En fin, usted afirma que va á ser otro hombre: ¡Dios lo quiera! me sería muy doloroso tener que desesperar de su conversión.

Dijo esto último en tono agrídulce, del cual vine en conocimiento que mi tibieza y negligencia le habían parecido de mal agüero, y pesóme de ser franco, como á Gil Blas con el arzobispo de Granada. Yo, allá en mis adentros, me sentía más reo de pereza y flojedad que de otra cosa, y muriendo por congraciarme con D. Vicente, pronuncié con contrición doblada:

—Señor, no soy mal cristiano, aunque remiso; y no es posible que deje de conducirme bien, viviendo con usted y en esta honradísima casa.

—¡En esta casa! ¿Y quién le dijo que iba á estar en esta casa?

—¡Adiós mi dinero!—pensé para mi colete, y como edificio de naipes se vinieron al suelo en un punto mis risueñas esperanzas y se volcó el cantarillo de la lechera. Debí de mostrar rostro asaz turbado y compungido, puesto que D. Vicente añadió con más benignidad:

—Bien quisiera yo poner así á salvo su mocedad, y hacer ese servicio á su familia; pero me lo vedan razones muy óbvias. Tengo á mi lado, como usted ha visto, hermana y sobrina; esta última doncella, sin más dotes ni galas que su recato. Ya entre, según piensa, en el convento de la Enseñanza, ya mude de propósito y elija otro estado, no me parece que deba vivir bajo el mismo techo que un mozalvete. Las lenguas maldicientes poco necesitan para sajar y hacer picadillo de las honras. Pero no se apure: ya he procurado para usted más decente albergue del que deja. No lejos de aquí vive una señora buena que admite pupilos, no por hacer negocio, sino para ayudarse á pagar la casa. Serán ustedes no más tres huéspedes, y todos moros de paz; no le maltratarán la ropa blanca como en aquel tugurio, y su cuarto no parecerá un hospital robado.

Aún departimos algún tiempo el canónigo y yo, él doctrinándome con sabios consejos, yo respondiéndole sumiso, pero con el pensamiento en otra

parte, porque las nuevas del monjío en ciernes de Pastora me escarabajaban en el alma. Despidióme, en fin, asegurándole yo que sabría encaminarme solo al redil que me buscara su solicitud. Encargóme el que viniese con frecuencia á darle cuenta de mis adelantos y conducta: lo que le prometí de muy buena gana. Con esto salí á la antesala, y me disponía á levantar el picaporte para irme, cuando un suave ceceo me llamó desde la esquina del pasillo. Dióme la sangre impetuoso vuelco á impulsos de una desatinada idea que me asaltó; pero al punto me reconocí grandísimo sándio, pues quien me ceceaba no era sino la dueña.

—Entra acá, hombre,—dijo campechanamente, empujándome por los hombros á un cuartico, exornado de muchas estampas de santos con marcos de lantejuela, y amueblado con una cómoda alta en que descansaba una urna de palo de rosa que contenía una Divina Pastora de bulto, y una mesilla baja y ancha en que en gracioso revoltijo se mezclaban tijeras, dedales, carretes de hilo, prendas á medio reparar, retazos de cinta, hormillas, botones, cabos de cera y alfileteros. En los rincones había canastas con ropa blanca, fuelles, planchas y tenacillas de encañonar.

—Entra,—repitió la mátrona, que apartada de su hermano se mostraba más lenguaraz y entrometida que modesta.—A ver qué buen mozo eres. Esa santa bendita de tu madre no te mandó á ha-

cernos una visita, en tanto tiempo como llevas estudiando aquí. Pues bien sabe ella que nos queremos, y yo pasé por allá muy buenos ratos; ¿cómo están todos? ¿Y tu hermana la mayor, que tenía tres años cuando estuve allí?

Miraba yo á la madre de Pastora, y hallábala bien diferente de su hija; pero la cordialidad del recibimiento me venía de molde, y propúseme no desperdiciar ocasión tan propicia.

—Gracias á Dios no tienen novedad por allá,—contesté;—mi hermana casó con el hijo del tío Alberto del Soto.

—Válgame Dios, ese era un labrador de los de punta cuando yo...

—Y mi madre no me dijo nada de ustedes, ni de que estaban aquí; que si no, ya se vé que tendría mucho gusto en venir á verlas, y al señor D. Vicente...

—Una persona de tan buen consejo, aunque me esté mal el decirlo; pero no hay en el cabildo otro más prudente. Y tú, claro, habrás andado como ya sabemos que andan los estudiantes, metido en mil zahurdas, sin sociedad de gente fina... Es una compasión como se educa hoy la juventud. En mi tiempo había tertulias, y se tocaba la guitarra, y se cantaban canciones, y se ponían acertijos y juegos de prendas, y se recreaban las gentes sin malicia; ahora van los muchachos á esos bailoteos, y si á mano viene gastan lo que no tuvieron nunca...

Me acuerdo, cuando yo era doncella de la señora marquesa de B... ¡qué buenos ratos! Tocaban las señoritas el clavicordio, que lo hacían hablar... y á eso de las ocho entraba un refresco... ¡cosa de gusto! yo sabía dirigirlo y arreglarlo tan bien, que la marquesa me decía sólo: Fermina, ya sabes; como siempre. Y ya contaba yo: tantos convidados, tantas onzas de chocolate: tres bizcochos para cada uno, dulce de guindas á proporción...

La locuacidad de doña Fermina, rompiendo vallas y saltando diques, se desbordaba. Propúseme llevar con paciencia las flaquezas de la dueña, oyéndola como quien oye llover. Pero no había treta que bastase, porque sin dejarme el recurso de pensar en las musarañas, me llamaba la atención hacia otro punto.

—¿Pero qué estás mirando?—me decía.—¿Miras esa imagen de la Pastora? Pues has de saber que la compré de lance, y así y todo me costó siete pesos: es cosa fina. Repara que los borreguitos son de cristal y los árboles conchitas, y el vestido de la Divina Pastora es raso, con mucho bordado de oro... ¿No ves qué sombrerito de paja tan cuco? ¿Y qué propios están esos pescados de cera que nadan en ese río de hojadelata y talco? Y la cara de mi Madre bendita, ¡qué preciosísima es! Dicen que se da un aire con mi hija...

No podía yo meter baza, ni menos sumirme en mis pensamientos; la charla seguía desenvolvién-

dose y girando, como un ovillo por cuyo cabo se tira. Además de los anteriores temas, que nunca se agotaban, acribillóme doña Fermina á preguntas acerca de mi vida, mis amistades, mis propósitos, y la reprimenda que me había administrado D. Vicente; describióme al pormenor mi nuevo alojamiento, el carácter de la patrona doña Verónica, el de los huéspedes, y hasta no sé si el color de las colchas y el dibujo de las toallas, y vine en conocimiento de que Doña Fermina no ignoraba nada de cuanto no le iba ni le venía. Mareado, disponíame ya á tomar soleta, cuando acertó á entrar Pastora, y con ella el alivio para mis nervios y el gusto para mi espíritu. Saludámonos con cierto encogimiento y cortedad, y ella se sentó modestamente en su silleta baja, tomando al punto la labor, que según ví no era tejido de lizos de oro y seda, ni de orientales perlas recamado, sino las vainicas de unos anchos pañuelos. Noté que delante de su hija la lengua de doña Fermina andaba un poco menos suelta, ya porque el grave continente de la niña enfrenase su libertad demasiada, ya porque temiese decir algo que sonara despreciablemente en candorosos oídos. Ello es que se contuvo, tomó también las agujas de hacer media, y puso en actividad los dedos dando respiro á la laringe.

A poco, madre, hija y yo terciábamos en familiar plática.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FONSO REYES"  
425 MONTERREY, MEXICO